



MIERDA EN MIS TACONES

Lorena Pacheco



MIERDA EN MIS TACONES

Lorena Pacheco

 **Escarlata**
EDICIONES

Mierda en mis tacones

Primera edición: abril, 2016

© Lorena Pacheco, 2016

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2016

www.escarlataediciones.com

Barcelona

ISBN: 978-84-16618-10-1

IBIC: FRD

Dirección editorial: Carla de Pablo

Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Imágenes de las cubiertas: @Shutterstock

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Para todos los que habéis aguantado que estos meses me haya quejado más que Raquel. Vosotros sabéis quiénes sois.

Lorena Pacheco



PREFACIO

«Me cago en la puta. Tengo un montón de mierda pegada a mis tacones de Giuseppe Zanotti.

¿Qué coño se supone que tengo que hacer ahora? Si me muevo, me hundiré en esta porquería hasta los tobillos, pero no puedo quedarme quieta para siempre. Además, acabaré asfixiándome con este puto olor. Casi puedo notar cómo se me pega al paladar y se diluye en mi saliva. ¿Cómo cojones he acabado en este infierno? Se acabó. Voy a echar la pota aquí y ahora.»

CAPÍTULO 1



Abrí los ojos y, como las otras veces, me sentí una triunfadora. Una chica con suerte que compartía sábanas con el hombre de sus sueños. Alguien a quien la vida no podía irle mejor.

Me giré en la cama y me quedé observándolo con una sonrisa idiota en la cara. Estaba boca abajo, completamente desnudo tras nuestro encuentro animal, así que no pude evitar fijarme en ese culo prieto que pedía a gritos un mordisco. Bueno, uno más. Respiré hondo mientras lo recorría con los ojos y apreciaba cada detalle de su cuerpo. Entonces pensé en lo mucho que me habría gustado immortalizar aquel momento, tener la opción de volver a él siempre que quisiera, no solo a través de los recuerdos.

Bueno, ¿y por qué no?

Andre nunca permitía que le sacara una foto, pero estando inconsciente no podía negarse, así que decidí aprovecharme. Cogí el móvil y disparé la cámara desde varios ángulos como si fuera una perversa. Sonreí, satisfecha, cuando tuve unas diez fotos en mi poder.

La luz de la mañana ya se colaba a través de la cortina blanca, por lo que era fácil distinguir cada arañazo de su espalda sin necesidad de utilizar el flash.

Bajé la mirada un segundo a mis uñas y descubrí que tenía una partida.

—Ah... Qué mierda —gruñí cuando la miré a contraluz.

Andre se removió a mi lado, así que me apresuré a dejar el teléfono donde estaba y me arreglé el pelo.

—¿Rachel? —preguntó, todavía con la cabeza bajo la almohada.

Ese acento iba a volverme loca. Esa forma de pronunciar mi nombre y su adorable costumbre de traducirlo siempre a su lengua materna hacía que dejara de sonar corriente para convertirse en droga para mis oídos.

—Estoy aquí —respondí, y me tumbé de nuevo junto a él—. Sigue durmiendo.

Lo besé en el hombro y empecé a acariciarle el pelo, pero entonces él abrió esos maravillosos ojos azules y me dirigió una mirada que conocía bien. Se fijó en mis labios un segundo antes de besarlos despacio hasta que volvimos a encendernos como la noche anterior.

Justo en ese preciso momento, mi móvil empezó a sonar.

—No contestes —susurró él contra mi boca.

No me costó esfuerzo obedecer, pero el puto teléfono siguió sonando y sonando y empezó a cortarme el rollo.

Me aparté un poco y resoplé.

—Puede ser del trabajo —dije mientras estiraba el brazo hacia la mesilla de noche, pero antes de que pudiera siquiera mirar la pantalla, Andre tiró de mí y me

obligó a tumbarme. Se inclinó para rozarme el cuello con sus labios.

— ¿Es que se te ha olvidado ya con quién estás?

Sonreí mientras me relajaba otra vez. Al fin y al cabo, Andre era mi jefe. ¿Qué prisa podía tener entonces?

— No me acuesto contigo por eso — susurré, aún en tono juguetón —, no soy un zorrón cualquiera.

— Tú jamás serías cualquiera, Rachel, aunque te lo propusieras.

Le devolví el beso y traté de obviar el hecho de que no hubiera negado lo de «zorrón».

Sus labios retomaron el camino que habían empezado en mi cuello y bajaron hasta mis clavículas, siguieron por mi esternón y se entretuvieron en mi abdomen. Andre acarició con los dedos el hueso de mi cadera.

— Cómo me gustas, preciosa...

Pero algo en mi cabeza se había puesto alerta.

— Escucha, Andre... Creo que deberíamos hablar.

— No, qué va — murmuró él, bajando un poco más y haciendo que dudara de si debía seguir con esa conversación.

Respiré hondo y lo detuve.

— Sí, sí deberíamos — insistí, y le obligué a parar de golpe.

Soltó un suspiro de hastío, se peinó con una mano su brillante pelo rubio y se apoyó en la almohada.

— A ver, ¿qué te pasa ahora?

— Me pasa que no sé qué estamos haciendo — solté, quizás más brusca de lo que pretendía.

— Pues ahora mismo, nada — gruñó él, visiblemente

molesto.

—Hablo en serio. —Me crucé de brazos—. Esto es muy divertido, pero hay otras cosas que me gustaría hacer contigo.

—¿Qué cosas podrían ser más satisfactorias que esto? —preguntó con un tono que parecía insinuar que me había vuelto loca.

¿Satisfactorias? Como si yo fuera una maldita muñeca de plástico o una cerveza para quitarle la sed. Empezaba a cabrearme.

—La vida no consiste solo en echar polvos —mascullé—. Si solo me quieres para eso, ya puedes pagarte una puta.

Me puse en pie y comencé a recoger las prendas de ropa desperdigadas por la cama y el suelo. No me había puesto aún la camisa cuando ya me estaba cogiendo por la cintura otra vez.

—¡He dicho que no! —le grité y lo empujé a un lado.

—Solo quiero hablar, Rachel, no te pongas así. —Su tono era amable, casi condescendiente—. Por favor, vuelve a sentarte.

En el fondo, deseaba que hiciera o dijera algo lo suficientemente convincente como para evitar que me fuera. No quería que la conversación terminara así, pero debía ser dura si quería que me tomara en serio. Andre solo reaccionaba cuando lo ponías contra la pared.

Sus ojos de cordero degollado fueron suficiente, así que cedí y permanecí a la espera.

—Tú no eres ninguna puta, preciosa, sé que eres válida para muchas cosas. Confío en ti, no lo olvides.

Vale, muy bonito, pero ¿qué cojones significaba todo eso?

—No me gusta pensar que hago algo malo —confesé—. No sé por qué tenemos que escondernos. Llevamos más de ocho meses viéndonos, ¿no es hora de que lo hagamos oficial? Por favor...

Lo vi tragar saliva y desviar la vista, algo que interpreté como mala señal.

—Lo hago por ti, créeme. Para que nadie piense que eres precisamente eso que dices que no eres. ¿Qué rumor iba a correr sobre ti entonces?

Probablemente el rumor de que era una trepa, era consciente de ello. Yo misma lo había pensado mil veces y me daba igual. Por mí, podían irse todos a tomar por culo.

—Que les jodan —farfullé—. Si saben lo que les conviene, se esforzarán para que ese rumor no llegue a mis oídos. Lo único que yo quiero es que me cojas de la mano en público, ¿tan difícil es de entender?

Por la expresión de su rostro, intuí que se estaba cansando.

—No sé por qué las mujeres os empeñáis en precipitar las cosas —contestó—. Estoy muy presionado por mi padre, es un hombre difícil que espera grandes cosas de mí, no tengo tiempo para...

Por fin entendí lo que pasaba. Y dolía. Dolía mucho. La Raquel del pasado volvió un momento para recordarme lo insignificante que era.

—Para perderlo con una simple empleada.

—Yo no he dicho eso —se excusó.

—No ha hecho falta —dije yo—, ha quedado muy claro.

—Lo siento, Rachel, de verdad... Yo no soy como mi padre, pero no puedo olvidar que él es el dueño de todo. Ojalá pudiera ignorarlo, pero dependo de él en muchos aspectos. Déjame que me tome un tiempo para allanar el terreno, que le hable bien de ti, que le haga ver todas tus cualidades...

Aquello me estaba poniendo de los nervios. Había luchado mucho para llegar hasta donde estaba, me había esforzado por sobreponerme a todos aquellos imbéciles con los que me había topado en mi vida personal y profesional, por demostrarles que tenía más cojones que todos ellos juntos. Me lo había currado, joder. Y me había prometido a mí misma que jamás nadie volvería a hacerme sentir pequeña y débil, que nadie volvería a pisotearme por no ser un hombre o una niña rica con un apellido importante.

Pero ahí estaba Andre. Preocupado, atrapado de alguna manera en las fauces de su padre y salpicándome a mí. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo?

—Vaya, creía que estábamos en el siglo XXI y que no necesitábamos el permiso de tu padre para ir al cine.

—No te burles de mí —me espetó con gravedad—. No sabes la presión a la que estoy sometido.

Creí percibir rencor en sus palabras, aunque no fuera dirigido a mí. Obviamente, vivir a la sombra de su padre no debía de ser fácil, así que decidí ser comprensiva y paciente. Veía su angustia y su preocupación y no podía ignorarlas.

Como tampoco podía ignorar las palabras que mi

madre solía repetirme: «no seas tonta, Raquel, un hombre como Andre no aparece todos los días. Es guapo, rico y se interesa por ti. ¿Sabes lo que habría dado yo por encontrar un partido como él? Pero tuve la mala suerte de enamorarme de tu padre».

Bueno, a mí no me parecía mala suerte lo que veía cuando estaban juntos. Amor o posición social... ¿Y si yo podía tenerlo todo con Andre? ¿Y si por fin podía estar con un hombre que de verdad valiera la pena?

—Está bien... —cedí, comprensiva—. Pero, por favor te lo pido, no me hagas esperar mucho.

Andre me besó en la mejilla y se dispuso a vestirse también.

—Además —añadió—, tengo una sorpresa para ti.

Alcé mucho las cejas.

—¿Una sorpresa?

—Una muy grande —remarcó él, torciendo una sonrisa—. Un proyecto en común entre tú y yo.

¿Proyecto? ¿En común? Campanas de boda repiquetearon en mi imaginación, aunque sabía que aquello era totalmente imposible. Después del rollo que me acababa de soltar sobre su papi, el ogro elitista, la sorpresa no podía ser una pedida de mano. A no ser que toda esa mierda de discurso sobre lo presionado que se sentía no fuera más que algo para despistarme.

No, no podía ser. No llevábamos ni un año saliendo y, pensándolo bien, había muchas cosas que no conocía de él. Sí, vale, me sabía de memoria sus puntos erógenos y cuántos juegos de sábanas tenía, pero eso no era suficiente... ¿No?

— ¿Me has oído?

Sacudí la cabeza y volví al presente para descubrir a Andre con el ceño fruncido.

— ¿Eh?

— La sorpresa. ¿No te hace ilusión?

— No — atajé —. Lo que me haría ilusión es que me lo dijeras ahora.

Soltó una risita y se colocó bien la americana.

— Lo siento, creo que prefiero hacerte esperar.

Se estaba divirtiendo a mi costa, el muy...

— Odio las sorpresas — gruñí —. Me gusta estar preparada.

Una sonrisa maliciosa asomó a sus labios.

— Creo que me arriesgaré — dijo convencido —. No se puede estar preparada para todo en esta vida, preciosa.

Desde luego, no estaba preparada para aquello.

— ¿Que quieres que vaya a dónde? ¿Y cuándo?

Me había dicho «en un par de días», pero tenía que ser un error.

— Es un pueblo pequeño, pero con mucho encanto — me explicó Andre —. Supuse que te haría ilusión visitar el sitio donde crecí.

Pues no, pero bueno, tampoco podía decírselo así. ¿Esa era su sorpresa? Porque era una auténtica mierda.

— No es que no me haga ilusión, es que no sé si es una buena idea que yo...

— ¡Es la mejor idea que he tenido nunca! Confío en ti más que en nadie; sé que serás capaz de convertir ese lugar en un hotel digno del sello Holbein. He

convencido a mi padre de que tú eres la persona idónea para ese cometido y sé que no me defraudarás.

Mierda, más presión, y el viejo de por medio.

—Pero... ¿Qué pinto yo sola en Alemania? ¿No puedes venir tú, al menos?

Chascó la lengua como si estuviera decepcionado.

—Ojalá pudiera, preciosa, pero, de momento, tengo asuntos que atender aquí. Y si lo que te preocupa es ir tú sola, tranquila, porque no será así.

—No sé si quiero escuchar lo que viene ahora...

—Alicia irá contigo —me dijo, entusiasmado, como si fuera la mejor noticia del mundo—. Ella también habla alemán y podrá ayudarte en todo lo que necesites.

Ni siquiera recordaba la cara de la tal Alicia, por no hablar de que mi alemán estaba un poco oxidado.

—¿Cuánto tiempo se supone que debo estar allí?

Me estaba agobiando. Y mucho. ¿De repente me iba a ir al extranjero, a un pueblo que no conocía, con una chica de la que no había oído hablar? Ah, y para montar yo solita un hotel. ¿Algo más?

—No demasiado... Un par de semanas, puede que tres. Máximo un mes.

—¿Un mes? —chillé con una voz bastante aguda—. ¿Y por qué no me has avisado antes?

Andre alzó la mano para que bajara el volumen. Yo desvié la vista hacia la ventana del despacho y comprobé que algunos de los trabajadores se entretenían más de la cuenta en el pasillo. Apartaron la vista de golpe cuando los miré directamente.

—Las obras han empezado y creí que disponíamos

de más tiempo, pero no dejan de llamarme con un problema tras otro. Necesito a alguien de mi confianza que ponga todo en marcha, que supervise el proyecto con ese don que tienes —continuó mi jefe.

Me estaba haciendo la pelota de forma descarada, pero tenía razón: era la persona idónea. Yo era la Directora de Alojamiento del hotel, pero estaba convencida de que habría llegado a Directora General de no ser porque Andre era el hijo del señor Holbein. Sin embargo, jamás le diría algo así, pues no quería herir su virilidad. Además, estar por debajo de él no estaba mal, en cualquier sentido. Prefería conformarme con mi trabajo y poder disfrutar de su compañía que llegar a la cima en otro hotel y perderlo para siempre.

—Sé que lo que te pido no es fácil; aquello se parece muy poco a Barcelona. Pero créeme, no te lo pediría si no creyera que eres la indicada. Confío en que sabrás explotar las virtudes de la zona y utilizarlas en nuestro beneficio. Todo el mundo entenderá de lo que eres capaz y despertarás su admiración. Te estaré eternamente agradecido.

Con «todo el mundo» se refería a su padre, lógicamente. No quería decirlo directamente, pero quería asegurarse de que me interesara salir airosa de todo aquello. Además, lo de «eternamente agradecido» era como música para mis oídos.

—Está bien. Un mes —dije, más para mí misma que para él.

Me estrechó la mano de una manera formal, pero el apretón fue más largo de lo normal. Sentí un escalofrío

y me entraron ganas de abrazarlo, pero me obligué a contenerme. Y me costó, porque... ¿cuánto tiempo pasaría exactamente hasta que volviera a verlo?

—Buena suerte, Rachel.

Alargó la última sílaba con sutileza y dulzura, como sabía que me gustaba. Qué cabrón, eso era jugar sucio.

Le di la espalda y me dirigí hacia la puerta con la cabeza bien alta para intentar aparentar que no estaba tan afectada

—No la necesito.

Si quieres seguir leyendo entra en
www.escarlataediciones.com
y hazte con un ejemplar en ebook o en papel.



¡Muchas gracias!